

Benhadad pide que le perdone la vida; y Acab les contesta, preguntando bondadosamente: «¿Es vivo aun mi hermano?» Tomando los sirios estas primeras palabras por buen agüero, y deseando que el rey de Israel se ratifique en ellas, le replican: *Tu hermano es Benhadad*. Acab responde con generosidad: *Id y traedle*. Presentado Benhadad, Acab le hace subir á su carro, y conciertan los dos reyes una capitulación, en virtud de la cual el sirio obtiene su libertad mediante la devolución de las ciudades conquistadas por su padre y la concesión á Acab del derecho de construir para los israelitas un bazar en Damasco.

Tres años despues de la batalla de Aphec vuelve á encenderse la lucha. Con motivo de una visita á Samaria del rey Josafat de Judá, Acab decide atacar á los sirios para desalojarlos de Rama (1) de Galaad, que retienen todavía en su poder. Josafat promete su concurso, pero desea consultar á los profetas acerca del éxito, por lo cual Acab manda reunir á los 400 profetas. Estos empiezan á profetizar delante de ambos reyes, que vistiendo armadura de guerra están sentados á la puerta de Samaria. Unánimes contestan los profetas á la pregunta de si Acab ha de marchar contra Rama ó abstenerse de semejante expedición, exhortándole á que la emprenda y asegurándole que Jehova entregará la ciudad en sus manos. Sorprendido Josafat por esta unanimidad, pregunta si hay algun otro profeta de Jehova á quien poder consultar. Acab le contesta que ciertamente hay uno, Miqueas ben Jemla, pero que aborrece á este hombre porque solo le predice males. Pero Josafat desaprueba las palabras de Acab, y éste da entonces orden á un siervo para que haga comparecer en seguida á Miqueas. Entretanto siguen los profetas en sus ruidosas prácticas. Uno de ellos, Sidkija ben Kena'ana (Sedecías), que se habia hecho unos cuernos de hierro, dice: *Con estos acornearás á los sirios hasta matarlos*; y los demás profetizan que Acab ha de subir á Rama, que será próspera su expedición y que Dios le pondrá al rey de la Siria en sus manos.

En esto vuelve el criado acompañando á Miqueas ben Jemla, á quien como buen cortesano le ha advertido que los profetas han predicho unánimemente buena suerte al rey, y le ruega que su palabra sea conforme á la de aquellos; pero Miqueas jura que no hablará sino lo que Jehova le diga. Al llegar á la presencia de los reyes, se le consulta si Acab ha de marchar contra Rama, y él contesta exactamente como los otros profetas. Entonces se queda perplejo Acab, y dice á Miqueas: *¿Cuántas veces he de conjurarte que no me digas sino la verdad en nombre de Jehova?* A lo que el profeta replica con esta sentencia:

«Yo ví á todo Israel esparcido por los montes,  
Como ovejas que no tienen pastor.  
Y Jehova dijo: Estos no tienen señor;  
Vuélvase cada uno á su casa en paz.»

Acab advierte á Josafat: *¿No te lo habia yo dicho, que éste siempre me anuncia males?* Pero Miqueas prosigue: *¿No es así; yo no!* (LXX). *Oye la palabra de Jehova. Yo ví á Jehova sentado en su trono, rodeado, á su diestra y á su siniestra, de todo el ejército de los cielos. Y Jehova dijo: ¿Quién engañará á Acab, para que suba y caiga sobre Rama de Galaad? Y uno de*

(1) Así lo escriben correctamente los LXX; el texto masorético dice Ramot de Galaad. Añádese este último nombre para diferenciarlo de otros lugares llamados tambien Rama (altos). No se dice en parte alguna que este Rama de la comarca oriental del Jordan pertenezca á las ciudades cedidas por Omri á Benhadad I, y que el sucesor de éste habia prometido devolver, en virtud de la capitulación de Aphec; pero es probable que fuera una de ellas.

*cia de una manera y otro de otra. Y salió el espíritu (2), y písosede delante de Jehova, y dijo: Yo le engañaré. Y dijo Jehova: ¿De qué manera? Y el espíritu replicó: Yo saldré y seré espíritu de mentira en boca de todos sus profetas. Y dijo Jehova: Le engañarás y vencerás. Sal, pues, y hazlo así. Y de este modo Jehova ha puesto espíritu de mentira en la boca de todos tus profetas, y Jehova es el que ha hablado mal contra ti.*

Al oír esto Sedecías se abre paso y hiere en la mejilla á Miqueas, diciéndole en tono de burla: *¿Qué espíritu de Jehova es el que te hace hablar?* Y Miqueas le contesta tranquilamente: *Lo sabrás el día en que huyas de un escondrijo al otro.* Acab manda entonces que prendan al mensajero de desgracia y le guarden encerrado hasta que él vuelva en paz.

A pesar del aviso recibido, Acab marcha con Josafat sobre Rama. Mas aunque se ha quedado con Miqueas en rehenes contra la ejecución de la amenaza divina, tiene miedo, y se propone engañar á Jehova como á un adversario humano por medio de un ardid. Ruega á Josafat que le deje su vestidura, poniéndose en cambio la suya, y Josafat consiente en el trueque. El rey de los sirios ha dado orden á los capitanes de sus carros de que no fijen su atención sino en Acab. Así todos ellos se dirigen contra Josafat, que pelea con la armadura de Acab; mas conocen luego su error cuando Josafat lanza su grito de guerra. No salva, pues, á Acab su ardid. Un vulgar arquero fija ignorantemente su puntería en él y le hiere por entre las junturas de la armadura. El rey herido manda al conductor de su carro que le saque del tumulto de la batalla; pero le da contraórden al ver que la lucha se enardece, y á pesar de su herida permanece en su sitio desde la mañana hasta la tarde, y por último muere. Hacia la puesta del sol cunde entre el ejército el grito de: «¡Cada uno regrese á su ciudad y cada cual á su tierra, que el rey ha muerto!» El ejército emprende entonces la retirada, y el cadáver de Acab es llevado á Samaria y enterrado allí (3).

Así murió uno de los mas valientes reyes de Israel. La tradición histórica nos le presenta como hombre prudente, equitativo, noble y generoso, tan estimado por su pueblo como temido de su enemigo Benhadad. La idea que tenia de la autoridad real le llevó á prevaricar en su contienda con Nabot, y este acto fué de funestas consecuencias para él y su casa. La lucha de los profetas contra su dinastía, que, sin embargo, solo despues de su muerte pudo arrear con todo vigor — aquí estriba el error principal de la leyenda de los profetas, — fué un motivo mas para que su imagen se transformara desfavorablemente en la memoria del pueblo. Mas la importancia de Acab se demuestra tambien en que, segun hemos observado ya, es el primer rey despues de David y Salomon del cual volvemos á tener mas abundantes noticias.

De la época de Acab no nos refiere ya el autor del Libro de los Reyes sino que este rey mandó construir para sí un palacio de marfil, ó lo que sin duda es mas exacto, con adornos de marfil, y que en su tiempo se reedificó la ciudad de Jericó, que probablemente quedaria abandonada (4) á consecuencia de la lucha entre Israel y Judá; pero tuvo que pagar con su primogénito, Abiram, la colocación de los cimientos y con su hijo menor, Segub, la de las puertas de la ciudad. La realización de esta empresa solo fué posible merced á las relaciones de amistad con Judá.

A Acab sucedió su hijo Ocozías. No se nos dice ni una sola palabra acerca de si la batalla de Rama tuvo ó no por

(2) Este pasaje, cuyo contenido ofrece bastante reparo, ha sido reformado, como lo prueban las palabras hebreas empleadas en él, si es que hay sintaxis en ellas.

(3) Respecto á la burda é inútil interpolación de v. 35 y 38, véase Wellhausen en Bleek, pág. 249, nota 2.

(4) En tiempo de David existia todavía; véase 2. Sam. 10, 5.

consecuencia un tratado de paz. Lo probable es que Israel comprara la paz, obligándose á tener su ejército á disposición de la Siria. No estaba reservado á Ocozías un largo reinado; segun 1. Reyes, 22, 52, no duró éste sino dos años. Ocozías tuvo la desgracia de caer por la celosía de una sala de su palacio de Samaria, de cuyas resultas enfermó para no volver á levantarse mas. Segun la leyenda de los profetas (1), este rey durante su enfermedad envió mensajeros al oráculo de Baal-Zebub, dios de la ciudad filistea de Ekron (Accaron); pero de improviso se les presentó un profeta, con un sayo de pelo ceñido por un cinturón de cuero, y les mandó volver á Samaria, diciéndoles: *¿No hay Dios en Israel, que vais á consultar á Baal-Zebub, dios de Ekron? Por tanto, así ha dicho Jehova: Del lecho al cual subiste no descenderás, antes (en él) morirás ciertamente.* Por la descripción que los mensajeros hacen de este profeta, el rey conoce que es Elías.

Durante el reinado de Ocozías se hace una tentativa para restablecer el comercio marítimo que en tiempo de Salomón se hacia con la tierra de Ofir, pero con desgraciado éxito. En Edom, sometido entonces á Judá, no gobernaba ningun rey del país, sino un representante de Josafat (2), el cual mandó construir en Asongaber un gran buque, de los llamados *tartessus* (3); pero al ser botado al mar tuvo algun tropiezo y se estrelló. Josafat no quiso aceptar la oferta que le hizo Ocozías de emprender esa navegación en comun con marineros del reino del Norte.

Que el sucesor de Acab fuera tan pronto presa de enfermedad incurable, era tanto mas grave, cuanto que los moabitas aprovecharon la sacudida experimentada por el Estado israelita á causa de la desdichada batalla de Rama, para desligarse de la superior soberanía de Israel. Hasta el reinado de Joram, hijo menor de Acab, que subió al trono á la muerte de Ocozías (4) y que, como su padre y su hermano, estuvo en relaciones de amistad con Judá, no fué posible intentar reducir á la obediencia á los rebeldes moabitas. Como es de suponer, el Libro de los Reyes nada mas dice acerca del curso de los combates, mediante los cuales logró el rey moabita Mesa (Mescha') la independencia de hecho. Pero poseemos, en cambio, una fuente coetánea en la inscripción de Mesa, que hace referencia á la campaña de Joram contra

(1) 2. Reyes, 2, 2-17. Es pura leyenda, y lo prueba muy particularmente la relación de los dos capitanes que, con sus cincuenta soldados cada uno, son consumidos por el fuego del cielo. No hay, sin embargo, motivo alguno para poner en duda que Ocozías habia consultado á Baal-Zebub y recibido en su consecuencia un oráculo conminatorio de parte de Elías.

(2) Unanse las dos últimas palabras de 1. Reyes, 22, 48 al v. 49, y se leerá: *Y no habia rey en Edom; pero el representante del rey Josafat habia construido*, etc., segun los LXX; véase Revista científica del Antiguo Testamento, 1885, pág. 178.

(3) Es esta una denominación de la clase de buques de mayor porte, como aun hoy se da nombre especial á los que hacen la carrera de las Indias Orientales. El autor de las Crónicas hace de ello una navegación desde Asongaber (en el mar Rojo) á Tartessus (Tharsis en España), y dice que los barcos naufragaron allí en castigo de haberse interesado Ocozías en la expedición; y para que no se pueda dudar en manera alguna de esta interpretación, hace profetizar primero el descalabro á Josafat por boca de Eleazar de Marescha. En este pasaje el pragmatismo religioso del cronista está al mismo nivel que sus conocimientos geográficos.

(4) El sincronismo en 2. Reyes, 3, 1, le atribuye un reinado de doce años y le hace subir al trono en el año 18 del de Josafat. El dato sincrónico que aparece en 2. Reyes, 1, 17, y que no se encuentra en la versión de los LXX, es seguramente erróneo. La duración del reinado de Joram debió de ser mucho menor de doce años, pues que entre la batalla de Karkar (854) y la expedición de Salmanasar contra la Siria (842), cuando Jehú pagó á éste tributo, han de haber, además del reinado de Joram, á lo menos los últimos combates de Acab con los sirios y el reinado de Ocozías. Si este último duró efectivamente dos años, Joram solo pudo reinar, á lo sumo, unos ocho.

Moab, inscripción que Mesa mandó grabar en una piedra de altar dedicada á Kemosch (Hemos) en acción de gracias por su ayuda (5).

Refiere Mesa que ha reconquistado la tierra de Medeba (6), tomada por Omri y retenida por el hijo de éste (Acab). Son reedificadas las ciudades (7), probablemente abandonadas por sus habitantes israelitas. Atarot, la que segun Mesa estaba desde los tiempos mas remotos en poder de los gaditas y que habia sido fortificada de nuevo por los israelitas, fué tomada por asalto y pasados al filo de la espada sus habitantes, para satisfacción de Kemosch de Moab.

En el cap. 3 del Lib. 2 de los Reyes encontramos referida la tentativa hecha por Joram para volver á someter á Moab. Es de pura fantasía y está basada seguramente en las narraciones populares que circulaban en el reino del Norte, y sin conocimiento exacto del terreno (8). Segun el mismo capítulo, Joram se asegura primero el concurso de Josafat, el cual se lleva tambien el contingente de los edomitas que le están sometidos, si bien aparecen ahora gobernados por un rey, vasallo judaíta. Se decide emprender la marcha por el desierto de Edom, esto es, dar la vuelta al mar Muerto por territorio edomita y luego penetrar en el moabita desde el Sur, pasando el Nahal-ha'arabim. El plan estaba bien meditado, porque hacia el Norte estaba resguardado Mesa por las ciudades que habia reedificado, y despues de tomadas estas el Arnon ofrecia una barrera difícil de atravesar, teniendo además á los sirios á la espalda; mientras que por el Sur el ataque era inesperado, y en caso de mal éxito, la retirada no podia ser cortada por allí. Se nos refiere luego que los tres reyes marcharon durante seis dias sin encontrar agua, y esto parece presagiar á Joram que Jehova puede haberlos llevado allí para entregarlos en manos de los moabitas. De aquí se deduce que Jehova, por medio del oráculo, ó por boca de un profeta, ha prometido el feliz éxito de la campaña, y Joram recuerda la triste experiencia de su padre en su expedición contra Rama de Galaad. Josafat pregunta entonces si hay por allí algun profeta á quien poder consultar, y averigua que está presente Eliseo-ben-Saphat, discípulo y servidor de Elías.

Llevado ante los reyes, dice Eliseo á Joram que consulte á los profetas de sus padres, y que si no fuera por respeto á Josafat, ni siquiera le miraría á la cara. Por mandato suyo, se llama á un músico, y mientras éste toca, el espíritu de Dios se apodera de Eliseo. Manda entonces el profeta que se abran muchos pozos en el valle, asegurando que se llenarán de agua, sin que se vea viento ni lluvia. Díceles tambien que penetren luego en tierra de los moabitas: que habrán de destruir todas las ciudades, talar todo árbol que dé fruto, cegar todas las fuentes y cubrir de piedras toda tierra fértil.

El medio indicado por Eliseo era tan bueno como práctico y natural; y no hay duda que el ejército israelita se propor-

(5) Acerca del hallazgo é importancia de esta inscripción, véase lo expuesto anteriormente. En la lámina adjunta verá el lector su reproducción sacada de una fotografía directa.

(6) Consúltese el pequeño mapa «Reino de Mesa.»

(7) No hemos de representarnos estas poblaciones como de mucha importancia, puesto que una de ellas, Jahas, fortificada con especial cuidado por el rey israelita, fué conquistada por 200 moabitas (líneas 19 y 20 de la inscripción).

(8) Que el narrador no ha tomado por base una tradición histórica, lo demuestra el hecho de hacer acompañar á los reyes de Israel y Judá por uno de Edom, mientras que segun los datos completamente fieles de 1. Reyes, 22, 48 y 49, no habia tal rey en tiempo de Josafat, y solo fué elegido uno cuando Edom se separó de Judá durante el reinado de Joram, hijo de este último; véase 2. Reyes, 8, 20. Lo demás debió de ser deducido de las narraciones que circulaban acerca de Elías, del medio empleado por el ejército para proveerse de agua y del motivo del ataque de los moabitas.

cionaría agua con él. Precisamente en la posibilidad de proporcionarse agua por medio de pozos en el Nahal-ha'arabim, bajo cuyas arenas la roca impide que el agua se filtre, se basaba todo el plan de campaña, que de otro modo no tendría explicación alguna. Tan excusado era el oráculo del profeta Eliseo para indicar aquel medio a los reyes, que debía ser harto conocido de judaitas y edomitas, como su consejo de hacer la guerra de tan bárbaro modo, pues, según nos lo demuestran las prescripciones en Deut., 20, 19 y 20, esta era ya la costumbre israelita. Mas si la narración tuvo su origen en el reino del Norte, léjos del terreno por donde avanzaba la expedición, se comprende entonces que se fabricara la leyenda con semejantes materiales.

Según sigue refiriendo la narración, a la mañana siguiente vinieron aguas desde Edom, que llenaron toda la tierra. Al tener noticia los moabitas del avance de los reyes, reunieron en la frontera todos sus hombres de armas, y cuando salió el sol observaron que las aguas parecían rojas como sangre. Interpretaron esto como señal de que los tres reyes se habían desavenido, librando sangrienta batalla entre sus ejércitos, y se pusieron inmediatamente en marcha, para sacar provecho de tal circunstancia y sorprender el campamento de Israel. Esta sorpresa puede muy bien ser un hecho histórico. Los moabitas son rechazados, y tras ellos penetra el ejército de los aliados en su territorio, devastándolo bárbaramente y tomando una ciudad tras otra. Mesa se refugia con sus tropas en la ciudad de Kir-Hareschet, y es cercado allí. Intenta en vano abrirse paso al frente de 700 hombres, espada en mano, al través de las filas edomitas; y en su desesperación, sacrifica sobre el muro de la ciudad a su primogénito en holocausto a su dios Kemosch, que de tal modo le ha abandonado. Esto hace volver la cólera del dios contra Israel, que se retira sin recoger el fruto de su victoria.

Mesa se veía libre. Entretanto Damasco había repuesto sus fuerzas y se ocupaba otra vez en robustecerse por medio de conquistas en el Sur, y en inclinar a los príncipes de la Palestina a adherirse a su política. Suscitóse entonces una lucha mucho más empeñada, que hizo olvidar la derrota sufrida.

Fue probablemente consecuencia de la desgraciada expedición contra Moab el hecho de que los edomitas se declararan independientes y eligieran un rey nacional durante el reinado de Joram de Judá, hijo de Josafat (1), para quien éste

(1) Véase 2. Reyes, 8, 16-24. Se le atribuye un reinado de ocho años, mas como Jehú de Israel paga tributo a los asirios en el año 842 y cuando éste subió al trono ya reinaba Ocozías, hijo de Joram y de Atalía, mientras que la campaña de Joram de Israel contra Mesa pudo difícilmente ser anterior al año 850, no es verosímil que el reinado de Joram de Judá durara tanto. Mas errónea nos parece todavía la hipótesis presentada por E. Meyer, en su obra ya citada, pág. 396, de que no fué Josafat, sino su hijo Joram el que acompañó a Joram de Israel en la expedición contra Moab. No se habría olvidado tan fácilmente la circunstancia de que dos reyes de igual nombre habían hecho juntos esa campaña. Es característico del método de exposición del Libro de los Reyes, que no se haga cargo alguno por el casamiento de Joram con Atalía al piadoso Josafat, único responsable de él, mientras que por otra parte se atribuyen a esta unión los sentimientos impíos de que da pruebas Joram. El juicio que hace el Libro de los Reyes de Joram de Judá produce malos frutos en la Crónica (II, 21, 1) en la forma de una leyenda interesada y de pura invención, que interpreta a la manera del Midrasch los versículos 16 y siguientes de 2. Reyes, 8. Joram, una vez en el trono, pasa a cuchillo a todos sus hermanos, los cuales según 2. Reyes, 9, perecieron por orden de Jehú, y levanta altares y hace apostatar a Judá. Según el profeta Elías se lo anuncia en una carta, es castigado con la invasión de los filisteos y los árabes (que moran junto a los chusitas), los cuales conquistan a Jerusalén y se llevan cautivos a sus mujeres y a sus hijos, excepto el menor Joas. Además Dios le hace padecer durante dos años de una enfermedad en las entrañas, que acaba con su vida. Por último, no le hacen quemar como a sus padres, mientras que, según 2. Reyes, 8, 24, es sepultado,

había pedido la hija de Acab, Atalía. Israel no estaba en situación de ayudar a Judá. Joram no dejó por eso de intentar la sumisión de los rebeldes, pero fué cercado con sus carros de guerra y solo merced a una sorpresa nocturna logró abrirse paso (2). También Libna, probablemente primitiva ciudad cananea (3), se rebeló entonces.

No poseemos sino noticias poco exactas acerca de los combates entre los damascenos y Joram de Israel. A ellos se refiere ciertamente la relación (2. Reyes, 6, 24-7, 20), interpolada en la leyenda de Eliseo (4), acerca del sitio de Samaria por Benhadad, relación que no indica el nombre del rey que a la sazón reinaba en Israel. Era en todo caso un hijo de Acab, como se puede deducir con toda evidencia (5), y seguramente Joram, pues que no se puede tratar ya de Ocozías. Mas solo nos podemos enterar del final de esta guerra, que en definitiva termina ventajosamente para Israel, después de haber llegado los israelitas al mayor grado de estrechez. Hace bastante tiempo que Samaria está sitiada por los sirios; en la ciudad reinan la carestía y el hambre. Pasando un día el rey por la muralla, le grita una mujer de la ciudad: *¡Sálvame, rey, señor mío!* Enojado el rey porque una mujer le pida lo que ella misma sabe que no puede ser, le contesta: *Si Dios no te salva, ¿cómo te he de salvar yo? ¿te he de guardar del arca, ó del lagar?* pero luego, viendo, sin duda, que ha comprendido mal su súplica, le dice que le explique lo que le pasa. Ella le manifiesta que había convenido con la mujer que estaba allí a su lado, que se comerían a sus dos hijos para no morir de hambre, y después de haber comido a su propio hijo, la otra mujer se había negado a entregar el suyo y le tenía oculto. Al oír el rey tan atroces palabras, rasga horrorizado sus vestidos, y el pueblo allí reunido ve el saco que el rey, que está en la muralla, lleva sobre sus carnes. El rey jura que no ha de quedar la cabeza de Eliseo sobre sus hombros.

Entretanto estaba sentado Eliseo en su casa, rodeado de los jefes de las familias de Samaria, y de pronto les dice (6): *¿No habeis visto cómo ese hijo de homicida (7) me envía a quitar la cabeza?* Mientras está hablando todavía, se presenta de improviso el rey ante él, y le dice en tono de reconvencción: *¿Este mal viene de Jehová? ¿Qué puedo esperar mas de Jehová?* A esto contesta Eliseo con el oráculo: *Así dijo Jehová: Mañana a estas horas valdrá el sea de flor de harina un siclo y dos seas de cebada un siclo, en la puerta de Samaria.* Mas el escudero en cuya mano había ido apoyado el rey a casa de Eliseo, le replica incrédulo: *Si Jehová quisiera hacer ventanas en*

como todos los demás reyes, en la ciudad de David. Es este un ejemplo clásico del carácter absolutamente antihistórico de los relatos de las Crónicas, que discrepan del Libro de los Reyes. La idea de Elías escribiendo cartas es verdaderamente original por lo candida.

(2) Así lo dice 2. Reyes, 8, 21. Este pasaje está indudablemente estropeado. Es probable que fuera muy distinto primitivamente su contenido; acaso decía: «y marchó Joram con todos sus carros a Sa'ir (So'ar?); y levantándose de noche los de Edom, le cercaron, y el pueblo huyó a sus tiendas.»

(3) Como tal aparece en Josué, 10, 29 y siguientes; 12, 15. Así parece indicarlo también su designación como ciudad levítica y de refugio (21, 13).

(4) Por cierto que Eliseo representa en ella un papel muy distinto del que le dan las leyendas. No vive con los hijos de los profetas, sino que mora, como también lo indica la narración referente a Naaman, en el cap. 5, en su casa de Samaria, donde da consejos a los jefes de las familias de la ciudad; del relato se desprende que ha aconsejado también al rey y animádole a la resistencia, prometiéndole la ayuda de Jehová. Esta narración es de origen efraimita.

(5) Véase la segunda nota que viene después de esta.

(6) Este pasaje está estropeado en el texto masorético: véase cómo lo ha restablecido Wellhausen, en Bleek, pág. 251, nota 1.

(7) O sea, ese hijo de Acab. Es una alusión al asesinato de Nabot y su familia.

el cielo ¿sería eso también posible? y el profeta le da por contestación conminatoria: *Tú lo verás con tus ojos, mas no comerás de ello.*

Mas ya había empezado a cumplirse la palabra del profeta sin que la apurada ciudad tuviese de ello la menor sospecha. Al otro lado de las murallas vivían, como aun hoy es costumbre en el Oriente, cuatro leprosos en sus cabañas. A los inmundos no se les ha dejado entrar en la ciudad, cuando avanzaba el enemigo. Ellos también sienten las torturas del hambre, y resuelven ir al campamento enemigo para ver si pueden lograr algo con que aplacar su necesidad y prolongar su miserable existencia. Lo peor que les puede suceder es que los maten, y la muerte la tienen también segura si permanecen allí, ó suplican que les dejen entrar en la ciudad. Al empezar la noche se encaminan, pues, hacia el campamento del enemigo. No ven hombre alguno que lo guarde penetran en él y lo encuentran desierto. Allí están las tiendas abandonadas de los enemigos, y sus caballos y sus asnos amarrados, y multitud de enseres esparcidos por todos lados. Entrando en una de las tiendas, comen y beben, y esconden los objetos de oro, plata y cuantos vestidos encuentran en ella. Saquean luego otra tienda; mas entonces les remueve la conciencia a los infelices, temen caer en pecado si aprovechan aquella buena suerte y aguardan hasta la mañana para llevar la buena nueva a la ciudad atormentada por el hambre. Se acercan a las puertas, y dando voces comunican a los guardas el descubrimiento que han hecho. En medio de la noche corre la noticia hasta llegar al palacio real. El rey salta inmediatamente de su lecho, y celebra consejo con sus funcionarios; opina que todo ello no es sino una estratagemata de guerra, y está persuadido de que los sirios han preparado una emboscada, para caer sobre los israelitas, si estos salen descuidados de la ciudad con objeto de saquear el campamento. Sin embargo, por consejo de uno de sus servidores, se decide a arriesgar cinco de los caballos del servicio militar que todavía quedan en Samaria; son enganchados a dos carros, y con estos manda el rey que sean reconocidas las cercanías. Los exploradores siguen las huellas del enemigo hasta el Jordán, sin lograr verlo; en cambio encuentran todo el camino cubierto de armamentos y enseres que habían arrojado los sirios. Cuando el rey recibe estas noticias entrega el campamento al saqueo y coloca a la puerta de la ciudad, para mantener el orden, precisamente al capitán a quien Eliseo había hecho la consabida predicción. Mas era tal la apretura allí de los hambrientos que corrían al saqueo y de los que regresaban con el botín, que el capitán fué atropellado y murió pisoteado.

El narrador bíblico atribuye la precipitada retirada de los sirios a la circunstancia de que Jehová les hace oír gran estruendo de carros, caballos y formidables ejércitos, lo cual les infunde la creencia de que el rey de Israel ha comprado el auxilio de los reyes de los hetitas (hethes) y de los egipcios. Este dato no solo nos permite determinar cronológicamente el sitio de Samaria, sino que es significativo también, así de la época en que se originó la misma narración, como del carácter popular de ésta. Efectivamente, como nadie se dará por satisfecho con la explicación racionalista de este pasaje bíblico, de que un repentino rebramido de los aires causó la ilusión de los sirios, solo puede atribuirse la imprevisa y rápida retirada de estos a una de las incursiones en la Siria con que en aquella época solía castigar Salmanasar II (860-824) (1) a Benhadad. Al tener noticia de que el gran rey había pasado el Eufrates, los sirios se darian prisa a le-

(1) Véase E. Meyer: «Historia de la Antigüedad», tomo I, pág. 410, y E. Schrader, en su obra ya citada, págs. 464 y siguientes.

vantar el sitio de Samaria, para correr a la defensa de su propio territorio. Las campañas de Salmanasar contra la Siria corresponden a los años 850, 849 y 846. Como por lo que dice el Libro de los Reyes vemos que se estaba a la sazón en tiempos poco anteriores a la muerte de Joram y de Benhadad, la precipitada marcha de los sirios solo puede ser relacionada con la expedición de Salmanasar del año 846. Las de los años 850 y 849 proporcionarían a Joram y Josafat ocasión propicia para atacar a Mesa; y al período entre los años 848 y 846 correspondería el nuevo rompimiento de hostilidades entre Damasco é Israel, que acabó por llevar a los damascenos, en el año 846, a las puertas de Samaria. Los personajes de alguna importancia del pueblo de Israel debieron de tener conocimiento exacto del motivo que provocó la retirada de los sirios; mas, en cambio, según las ideas que de la geografía tenía entonces el pueblo israelita, la situación del reino asirio se encontraba todavía muy en la oscuridad, allá en los confines de la tierra, y solo posteriormente, con la aparición de los ejércitos asirios en la Palestina, adquirió Israel claro concepto del poderío asirio é ideas mas exactas de aquel país y de sus habitantes. Si, pues, el narrador menciona, en lugar de los asirios, a los hethes, ya sometidos por aquellos, y a los egipcios, que no tenían parte alguna en tales sucesos, es evidente que la narración que nos hace, tuvo origen antes de que se presintiera el peligro que había de proceder del reino asirio.

Entretanto la dinastía de Omri se acercaba a su ruina. Cierta que favorecida por las incursiones de los asirios en la Siria, hace todavía un valiente esfuerzo para tomar otra vez resueltamente la ofensiva contra Damasco, y hasta logra reconquistar territorios perdidos en el Este, inclusa Rama, por la cual en vano había luchado Acab. Pero entretanto crece y se desarrolla la mala semilla sembrada con el asesinato de Nabot. El partido de los profetas logra imponerse, y derroca la dinastía de Omri promoviendo una conjuración militar. Jehová alcanza brillante victoria sobre Baal; mas no puede proteger al pueblo contra la nueva invasión de los sirios, ni consolidar la nueva dinastía entronizada por los profetas. Sigüense años de la mas horrorosa desolación para Israel.

Tan grande es la impresión que causa el súbito derrocamiento de la dinastía de Omri por los profetas, que a la iniciativa de estos se atribuye asimismo el asesinato de Benhadad de Siria y la usurpación de su trono, llevados a cabo por su servidor Hazael (2) casi al propio tiempo.

(2) Nada nos dicen las fuentes que tenemos a nuestra disposición acerca del cargo que Hazael desempeñaba en la corte de Benhadad. La ruina de éste es atribuida tanto a Elías como a Eliseo. Cuando Jehová se aparece en el monte a Elías, que huye de Jezabel, le dice en contestación a sus lamentos sobre las persecuciones que sufren los profetas (1. Reyes, 19, 15 y siguientes): *Vé, andate por tu camino, y unge a Hazael por rey de Siria. Y a Jehú, hijo de Namsi, unguirás por rey sobre Israel; y a Eliseo, hijo de Saphat, de Abelmeula, unguirás para que sea profeta en tu lugar. Y sucederá, que al que escapare de la espada de Hazael, Jehú lo matará; y al que escapare de la espada de Jehú, Eliseo lo matará.* Pero solo se nos refiere en esta relación que Elías unge a Eliseo; los otros dos encargos no los cumple, según el texto que comentamos ahora. Según 2. Reyes, 8, 7 y siguientes, Hazael es ungido por Eliseo, que ha ido a Damasco y es consultado por Hazael, en nombre de Benhadad, si sanará el rey de su mal; y Jehú es ungido, según 2. Reyes, 9, por un discípulo de Eliseo. Puede aceptarse que se refieran de ambos profetas milagros como los del aceite y la harina y de volver la vida a los muertos; pero los reyes no suelen ser ungidos sino una sola vez, y por eso ha sido borrado el pasaje que refiere la unción de ambos por Elías, mientras que, con harta inconsecuencia, se ha respetado el que contiene este encargo. De ahí la laguna entre 1. Reyes, 19, 18 y 19. Según 2. Reyes, 8, 7 y siguientes, Benhadad enfermo es asesinado alevosamente por Hazael. Al día siguiente de haber comunicado a su señor, por encargo de Eliseo, la falsa noticia de que sanará, toma la manta, la mete en el agua y la tiende sobre el rostro de Benhadad: *y así murió, y reinó Hazael en su lugar.*